

DE RECOLECTORES A PORCICULTORES: CIEN AÑOS DE GANADERÍA PORCINA EN GUANAJUATO, JALISCO Y MICHOACÁN

PATRICIA ARIAS
IES/Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

EN LA pequeña franja fronteriza donde se localizan las poblaciones de La Piedad, en Michoacán, y Santa Ana Pacueco, en Guanajuato, crece y prospera desde hace más de 20 años la ganadería porcina en México; allí, en esa pequeña microrregión del occidente del país, se localiza sin lugar a duda el epicentro nacional de la producción de puercos para el enorme mercado de la ciudad de México: en 1985, unas 300 granjas de engorda de puercos enviaron casi un millón de animales en pie a los mercados urbanos extrarregionales.

De hecho, sólo de la pequeña localidad de Santa Ana Pacueco, donde en ese mismo año había 198 granjas porcícolas, salió más de la mitad (481084) de los puercos en vivo engordados en el estado de Guanajuato hacia los rastos del Distrito Federal, el Estado de México y otros más alejados. Y esto sin contar los miles de animales que salen directamente empacados para los obradores de la ciudad de México y los que en forma de embutidos se distribuyen a toda la república.

Este indudable crecimiento y éxito de la porcicultura en esa pequeña microrregión fronteriza entre las tierras altas de Jalisco y Michoacán y las tierras bajas de Guanajuato suele atribuirse convencionalmente a la dinámica general del desarrollo agropecuario que empezó a configurarse desde los años sesenta en el campo mexicano. Así, la porcicultura piedadense aparece como un típico buen ejemplo de la manera en que durante casi 20 años se volvió tan común para interpretar la sociedad rural: su relación y sometimiento a las tendencias y mecanismos extralocales, por lo regular internacionales, de la economía agropecuaria nacional (Feder, 1980).

Manera que se volvió tan persistente e impermeable, que ha tenido a lo menos dos grandes y prolongadas consecuencias: la dificultad para captar la existencia e incidencia de los factores locales en los desarrollos agropecuarios regionales y la dificultad adicional para detectar los cambios recientes que la propia sociedad rural ha puesto en marcha para sobrevivir, mantenerse y crecer. A la luz de lo que se observa en el mundo rural de ahora, esas nociones de los setenta parecen cada vez más insuficientes para entender la economía y sociedad ganaderas que se han desarrollado en la región occidental del país en estos últimos años.

Desde principios de los años setenta se empezó a difundir y a hacer cada vez más común la idea de que el desarrollo porcícola piedadense era un ejemplo más del resultado de la influencia externa impuesta por los capitales transnacionales en la agricultura mexicana: la producción de pollo, puerco y huevo tenía que ver sobre todo con las tendencias de consumo de los países centrales y se basaba en los modelos tecnológicos más modernos acuñados en esos países: confinamiento de los animales en granjas donde se controlaba su engorda o capacidad de postura con base en dietas altamente especializadas, para lo cual se requería además de una gran transformación en los cultivos (Pérez Espejo, *sf* y 1987).

Los cambios agrícolas que se habían constatado dos décadas más tarde era sin duda impresionantes: en esos 20 años se había modificado drásticamente el patrón de los cultivos regionales. Entre 1961 y 1980, el crecimiento medio anual del sorgo fue de 16.6% en el estado de Michoacán, lo que acarrió el rotundo desplazamiento del trigo, el segundo cultivo comercial tradicional de esa entidad. En Guanajuato, donde están las mejores tierras de la región, la expansión del sorgo fue también espectacular: de las 197566 hectáreas que se sembraron en 1963, se pasó, en 20 años, a 1 517763 hectáreas bajo ese cultivo. La porcicultura era cada vez más dependiente y fomentadora de ese grano, que volvió a ser el enorme paisaje abajeño entre Celaya y Santa Ana Pacueco.

Por si fuera poco, en la actividad propiamente porcícola se advertían algunas peculiaridades y se constataban sus consecuencias: la proliferación de granjas de engorda y la nula normatividad sobre el giro habían contaminado sin límite al río Lerma, el que un día fuera el más imponente del México central; existía y se mantenía una estructura de comercialización tan caótica y enmarañada, que resultaba tremendamente encarecedora de los puercos en el mercado urbano; la expansión de las empresas porcícolas dependía de las oportunidades que creaban las crisis recurrentes del giro, más que de sistemas planificados de desarrollo (Chapela y Mendoza, 1982).

El importante sector local de porcicultores que había surgido había aprovechado muy bien la expansión del mercado urbano de la ciudad de México para crecer y consolidarse, para comenzar a integrar de manera vertical sus empresas.¹ El proceso era, sin embargo, muy selectivo —eran cada vez menos los que podían efectivamente crecer—, y sobre todo muy peculiar: aunque la integración avanzaba en muchos sentidos —implementación de modernos rastros, fábricas de alimentos balanceados, laboratorios de medicinas, desarrollo de complejos sistemas de almacenamiento de granos y de transporte de animales—, persistía la separación entre la cría y la engorda y se mantenía y reproducía, por toda la

¹ Ciertamente la otra clave para entender las peculiaridades y posibilidades de la porcicultura regional radica en el origen y las modalidades de desarrollo del empresariado local, que ha sido capaz de desplazar y sustituir a las transnacionales en la región, pero esto es algo que no se puede abarcar en este trabajo.

región, la explotación doméstica o de “traspatio” de animales. A diferencia de lo que se encontraba en otras regiones, en La Piedad-Santa Ana no se daba una tendencia consistente hacia la formación de granjas de ciclo completo, como se llama al sistema que reúne la reproducción y la engorda de los animales.

De un modo u otro, estas peculiaridades se han considerado la expresión más palpable del carácter “intermedio”, finalmente “dependiente”, de la porcicultura en esa región central del país.

Pero mirar el pasado y observar el presente desde la óptica local ofrece otra historia y trayectoria de la porcicultura, que ayuda a entender quizá mejor, tal vez de un modo distinto, esas tercas peculiaridades de la porcicultura piedadense: la vitalidad y organicidad de la separación entre las actividades de cría y de engorda, los vínculos entre las grandes y pequeñas explotaciones de ganado, y finalmente, la fortaleza de su especialización y articulación regionales.

HISTORIA DE POLLOS Y PUERCOS (1890-1930)

El ferrocarril porfiriano que a partir de 1888 empezó a comunicar como nunca antes a las ciudades de México y Guanajuato instaló a seis kilómetros de La Piedad, pero del otro lado del río, en tierra guanajuatense, la estación “La Piedad”, que le permitió a esa población de casi 20 mil habitantes mantener y en verdad modificar su vieja condición de “puerto”, de frontera política y sobre todo ecológica entre dos regiones de posibilidades muy distintas: las tierras magras de los altos de Michoacán y Jalisco y las muy ricas del Bajío guanajuatense, que comienza allí precisamente.

Frontera que hasta ese momento había sido utilizada como lugar de un intenso mercadeo por los arrieros que allí intercambiaban los bienes agrícolas de Colima y el interior de Michoacán y los artículos y productos de las tradiciones manufacturera y agrícola cerealera del Bajío. La Piedad era un centro mercantil importante para los arrieros de múltiples rumbos de tierras tropicales, altas y bajas.

A la vuelta del siglo, la arriería basada en esa producción rural diversificada y de pequeña escala ya había sido minada por el comercio a través del ferrocarril, por los nuevos productos y sistemas de mercadeo que a partir del tren se habían estrenado en la región.

Sin embargo, había comenzado a cobrar fuerza una modalidad comercial mucho más especializada. La posibilidad de llegar con facilidad y rapidez a las ciudades de México y Guadalajara, los mercados más importantes del país en ese momento, dinamizó como nunca antes un pequeño quehacer mercantil que se practicaba desde antaño en las regiones altas y bajas: el embarque de animales y huevo con destino a la ciudad de México, que se convirtió desde entonces en su mercado indiscutible.

Aparte de los que ya existían, muchos de los viejos arrieros se hicie-

ron "rancheadores", otros se iniciaron como tales, es decir, como gente que con algunos caballos, burros o mulas recorría las rancherías en busca del puerco gordo, gallina, pollo o huevo que hubiera "para vender". El rancheador no cubría rutas fijas, aunque cada uno prefería ciertos rumbos de los tres estados que se abarcaba: el noroeste michoacano hasta Purépero; los Altos de Jalisco hasta Degollado; el suroccidente guanajuatense hasta las cercanías de Pénjamo.

Las mujeres de los ranchos estaban siempre muy atentas a la visita de los rancheadores: ellas eran en verdad las propietarias y cuidadoras de huevos, pollos y puercos y su venta era la manera más socorrida, a veces la única, que tenían las mujeres para procurarse un ingreso en efectivo.

Para que un viaje "costeara", un rancheador tenía que regresar con unas 30-40 gallinas o pollos, que entregaba a los "gallineros" o "puerqueros" que había en cada localidad cercana a La Piedad, quienes a su vez los llevaban a esa ciudad a los embarcadores, a las casas especializadas en trasladarlos y colocarlos en los mercados y tiendas de la capital del país.

Los animales de entonces eran "criollos" que andaban sueltos y crecían, engordaban, daban crías y ponían huevos a partir de una alimentación donde abundaba el maíz, el garbanzo y las mezclas variadas de semillas también criollas. Pero aunque el tipo de animal y la alimentación eran similares, los animales se daban mejor, se enfermaban y morían menos en las tierras altas de Jalisco y de Michoacán. Allí, en los Altos, se localizaban sin duda los territorios de la engorda de los animales y la postura de huevo; ése era el epicentro de las ganaderías porcícola y avícola de la época.

Y esta diferencia se conocía y manejaba muy bien en la microrregión. A fines del siglo pasado, los ingresos más elevados del municipio de Arandas, en los Altos de Jalisco, se obtenían por la venta de tres mil cargas de huevo y cinco mil puercos gordos (Olveda y Castillo, 1988). En contraste, hacia las mismas fechas, en todo el distrito rentístico de La Piedad había sólo 3 385 puercos y en el municipio piedadense se contaron apenas 912 puercos (lechones, berrendos y puercas) en 12 ranchos.

Así iban las cosas, durante los muchos años que duró el porfiriato; en torno a la microrregión de La Piedad se acuñó una nueva microhistoria y cultura del trabajo: la cría de pollos y puercos, ese quehacer pecuario de pequeña escala que prosperó en los linderos de los quehaceres agrícolas y ganaderos —sobre todo vacunos— de la región; que dio lugar a nuevos oficios masculinos y dinamizó el trabajo femenino, dándole a la mujer uno de los primeros ingresos en efectivo y una forma segura, aunque fluctuante, de complementar el presupuesto familiar: en sus casas, las mujeres aprendieron a conocer y manejar las razas, variedades, novedades y costumbres de los animales, a integrar esa actividad dentro de la cooperación infantil y los quehaceres domésticos.

Los hombres, por su parte, desarrollaron muy bien los oficios de rancheador y acaparador: descubrir y trazar rutas; saber comerciar, es decir, comprar barato y vender caro; tratar con comerciantes y acaparadores

los que, a su vez, conocieron y establecieron relaciones complejas y precederas con los abarroteros e introductores de ganado de la ciudad de México.

Una multitud de pequeños conocimientos, habilidades, intereses, relaciones, densificó la red pecuaria que se tejió entre la microrregión de La Piedad y la capital del país. Con esta cultura y trayectoria pecuarias se afrontaron y enfrentaron los cambios externos de las décadas siguientes: la expansión del mercado, la llegada de las transnacionales, la consolidación de los grandes consorcios porcícolas.

HASTA LA ERA DE LAS TRANSNACIONALES (1960)

Hacia 1930-1940, las engordas de puercos y la cría de pollos para carne y para postura empezaron a desplazarse hacia el Bajío. Al parecer, el reparto agrario consumado en esa década en las tierras bajas daba seguridad para aproximar los territorios pecuarios con los agrícolas. Al parecer, influyó también la compra de camiones para trasladar a los animales por carretera, vía que empezaba a resultar más transitable y rápida para colocarlos en esa ciudad de México que crecía cada vez con mayor velocidad.

Pero, curiosamente, en la década siguiente se suscitaron las dos mayores mortandades de animales que se conocen: en 1947 la fiebre aftosa que acompañada del "riflo sanitario" acabó con las vacas y puercos, y poco después, en 1953, el *newcastle* que arrasó con los pollos. Ciertamente hay muy plausibles explicaciones técnico-económicas de ambas mortandades. Pero quizá se puede pensar que algo tuvo que ver el desplazamiento de los animales a las tierras más cálidas e insalubres del Bajío, la ruptura de esa vieja norma nunca explícita pero plenamente vigente de la vida económica regional: que los animales nacen, se crían y engordan mejor en las tierras altas de la franja fronteriza de Guanajuato, Jalisco y Michoacán.

Lo cierto es que a partir de los años cincuenta y sobre todo los sesenta se advierte de nuevo la tendencia a regresar y reforzar los territorios tradicionales de la crianza de los animales: la engorda de pollos y la postura de huevo se subió de nueva cuenta a los Altos de Jalisco, de donde no ha vuelto a bajar. Como es sabido, allí, en diferentes ciudades alteñas, se localizan las más grandes granjas avícolas del occidente del país. Pero hubo un cambio notable: las granjas de pollo empezaron a organizar sus propios sistemas de abasto y cría de animales y desapareció la modalidad de los rancheadores que los proveían, se puso punto final al abasto de pollo y huevo de pequeña escala. En el caso de la avicultura el proceso de desarrollo e integración parece haberse dado de la manera más convencionalmente "moderna".

En la porcicultura fue algo distinto. Con la penetración de las compañías transnacionales hubo sin duda muchos cambios: en el patrón de

cultivos, en la calidad genética, en el cuidado y alimentación de los animales, en el nivel y envergadura de las empresas. Pero al mismo tiempo se mantuvieron, aunque renovadas, algunas tercas continuidades.

Hasta los años cincuenta no existía la distinción entre la cría y la engorda: los puercos eran “gordos” o “flacos” y de acuerdo a esa clasificación eran movidos dentro de la región: se compraban flacos en un lado para engordarlos en otro.

La organización pecuaria que promovían las transnacionales se basaba, en cambio, en la diferencia de etapas en la vida del animal, lo que en la región dio lugar a una nueva modalidad de especialización del espacio regional: la cría de los animales, es decir, la etapa más riesgosa y costosa de la vida del puerco, se trasladó a las tierras más elevadas: los Altos de Jalisco, el nororiente de Michoacán. La engorda, es decir, el periodo en que el animal es más fuerte y requiere sobre todo de cantidades impresionantes de comida, se ubicó en el Bajío, allí donde es más fácil y menos costoso proveer el alimento que llega desde múltiples rincones de la geografía nacional... e internacional.

Esta renovada articulación especial y especialización pecuaria permitió el mantenimiento de un quehacer y un ingreso femeninos que resultó cada vez más crucial en la economía familiar de las familias rurales de la microrregión. La cría y venta de lechones forma parte de la historia secreta del trabajo con que las mujeres han podido enfrentar la crisis agraria y agrícola, que tantó afectó las actividades, sobre todo masculinas, y las exigencias crecientes de dinero en la sociedad rural desde los años sesenta (Arias, 1990).

También mantuvo y dinamizó el oficio de “rancheador”, ahora de “lechón”, del pequeño puerco que a los 10 kilogramos empieza a ser apto para iniciar la fase de engorda. Dos tianguis de puerco —uno en las cercanías de Puruándiro, en el nororiente michoacano, y el otro en San Julián, en un extremo de los Altos de Jalisco— son las instituciones comerciales —ciertamente “informales” pero ampliamente conocidas y utilizadas— donde se reúnen cada día los miles de lechones, que han nacido en casi todas las casas rurales de la amplia región de abasto y que a través de los rancheadores son incorporados a los granjas de La Piedad-Santa Ana Pacueco para su etapa final de engorda. Es el momento y la ocasión cuando cotidianamente se reúnen y articulan la porcicultura doméstica y la porcicultura de granja, las engordas de gran escala.

Esto no es extraño porque a diferencia de lo que se suele afirmar sobre la calidad de los puercos domésticos o de traspatio, hay que decir que los lechones que nacen y se crían en condiciones domésticas corresponden perfectamente a las razas y tipos que actualmente se utilizan en las granjas de engorda. En este sentido, las familias rurales —rancheras y campesinas— han participado y se han adaptado a cada fase y modalidad del desarrollo pecuario regional desde hace más de un siglo, por lo menos.

DIVERSIFICACIÓN Y ESPECIALIZACIÓN: LOS AÑOS RECIENTES

Así las cosas, parecería que la especialización de La Piedad-Santa Ana en la engorda de puercos y la persistencia de las explotaciones domésticas de cría pueden entenderse, no tanto como una fase "intermedia", de algún modo unilineal, en el desarrollo de la porcicultura, sino sobre todo como la expresión de una modalidad de organización porcícola basada en la capacidad de hacer persistir de manera siempre renovada una vieja articulación microrregional, originada en la diversidad ecológica entre las tierras altas de Jalisco y Michoacán y las del Bajío guanajuatense.

Capacidad que se relaciona, sin duda, también a la existencia y fortaleza de esa microhistoria del trabajo rural de la avicultura y porcicultura de pequeña escala, que desde el porfiriato, por lo menos, se convirtió en una de las vías más diversificadoras del empleo y dinamizadoras del trabajo y los ingresos femenino y masculino en la región y que, poco a poco, dio lugar además a una auténtica cultura del trabajo pecuario. Esta cultura del trabajo es la que ha estado detrás de la enorme habilidad de la población para hacer suyas las técnicas y los sistemas de trabajo, y para afrontar los muchos cambios de la ganadería porcícola en este siglo.

Ciertamente, esta microhistoria de complementariedades complejas y cambiantes ha sido siempre desventajosa para los de las tierras altas, pero también seguramente imprescindible, por lo menos en ciertas etapas, para el conjunto de la vida microrregional. Como la actual sin duda.

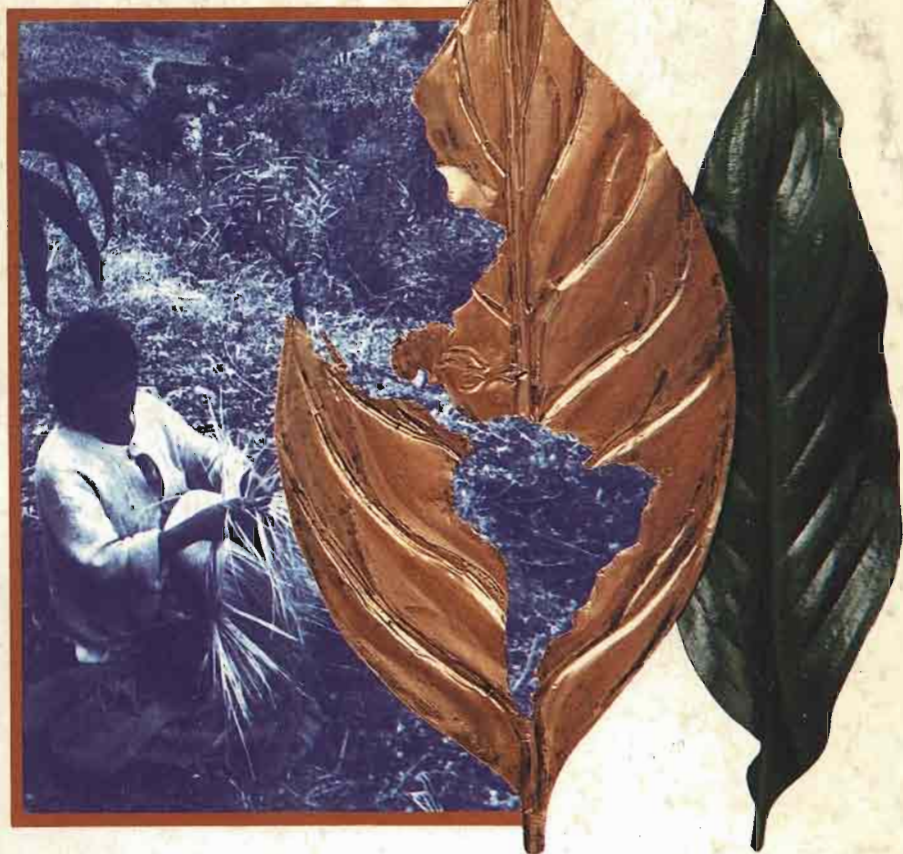
Porque la especialización de La Piedad-Santa Ana es también un producto plenamente moderno, como se dice tanto ahora en México: es el resultado y en verdad uno de los más notables ejemplos de ese doble proceso bastante generalizado que se advierte en las ciudades pequeñas de la región central del occidente mexicano: la diversificación de la economía rural y, al mismo tiempo, la especialización regional de la economía, en este caso, la ganadería porcícola (Arias, 1990).

Diversificación y especialización de las economías rurales que hacen posible que, hoy por hoy, las familias rurales de la región obtengan los recursos de su supervivencia a partir de una multitud de ingresos, donde la cría de lechones juega un papel cuya relevancia fluctúa de acuerdo a las posibilidades familiares y a los ciclos de la porcicultura, pero nunca desaparece como alternativa.

Parecería que la diversificación y especialización de las economías rurales como la de La Piedad-Santa Ana han hecho posible una gran pero silenciosa transformación: que la gente del campo haya podido seguir viviendo en su tierra, aunque cada vez menos del campo y los quehaceres agrícolas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arias, P., *Diversification et Spécialisation dans la société rurale. San Francisco del rincón, un exemple de l'ouest mexican*, tesis, Toulouse Le Mirail, 1990.
- Chapela y Mendoza, G., "La producción porcina en la región de La Piedad", en *Revista de Geografía Agrícola*, Universidad Autónoma de Chapingo, núm. 3, Chapingo, julio de 1982.
- Feder, E., "La irracional competencia entre el hombre y el animal por los recursos agrícolas de los países subdesarrollados", en *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, núm. 185, FCE, México, 1980.
- Olveda, J. y M. G. Castillo (comps.), *Estadística de los Altos de Jalisco*, Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial, Guadalajara, 1988.
- Pérez Espejo, R., *Aspectos económicos de la porcicultura en México: 1960-1985*, Asociación Americana de Soya, México, s. f.
- , *Agricultura y ganadería*, Ediciones de Cultura Popular, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1987.



Agriculturas y campesinados de América Latina

Mutaciones y recomposiciones

Thierry Linck

(compilador)



Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana

ORSTOM

Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

AGRICULTURAS Y CAMPESINADOS DE AMÉRICA LATINA

Mutaciones y recomposiciones

THIERRY LINCK
(compilador)



ORSTOM



INSTITUT FRANÇAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE
POUR LE DÉVELOPPEMENT EN COOPÉRATION

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español, 1994

Título original:

Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et recompositions

© 1993, ORSTOM, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en
Coopération, Paris

ISBN 2-7099-1152-3

D. R. © 1994, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-4276-7

Impreso en México